

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LA DUQUESA CELIA...	SRTA. ARÉVALO.
BEATRIZ.....	» ABAD.
EL DUQUE OCTAVIO..	SR. CALVO (D. RICARDO).
BENEDICTO.....	» FUENTES.

En un ducado de Italia, durante el Renacimiento.

LOS FAVORITOS

ACTO ÚNICO

Jardín en el palacio ducal. Bancos de piedra, estatuas, etc.

ESCENA I

BEATRIZ sentada y leyendo, y después CELIA

CELIA

Ya me figuraba dónde había de encontrarte. ¿No pensabas venir a verme en toda la mañana?

BEATRIZ

Creí que estarías con el Duque.

CELIA

No. Ha salido de caza muy temprano. Ordené que te buscaran por todo palacio, y nadie logró encontrarte; tú, aquí, engolfada en tu lectura, sin acordarte de mí. Apenas te veo en todo el día.

BEATRIZ

No me culpes, querida Celia. En la corte de tu buen padre podíamos vernos a todas horas. Pero una vez

casada y en la corte de tu esposo, debes rodearte de otras damas; granjearte su confianza, aun cuando yo sea siempre la primera en tu estimación.

CELIA

Querida Beatriz, no lo dudes; tú eres mi única amiga, mi hermana; como que juntas hemos vivido siempre, y si hubiera de renunciar a tenerte conmigo, créelo, antes renunciaría de buen grado el honor de ceñirme la corona ducal. Pero no te valen argucias. Bien sabes que soy la misma para tí, y que los deberes de mi nuevo estado no me obligan a sacrificar tu compañía. El Duque y su corte están encantados contigo. Ya ves que nuestra calidad de extranjeras no despierta tanto recelo en la corte. Antes conquistan un reino dos mujeres hermosas que un ejército formidable. Bien lo hemos visto. Mi padre y el que hoy es mi esposo habían pasado su vida batallando, hasta que un alma compasiva presentó mi retrato a los ojos del Duque, y acabaron las guerras. Confieso mi mal corazón: cuando supe que trataban hacer de mí la prenda de sus paces, me afligí sobremanera. ¡Un matrimonio sin amor! A los diez y ocho años es cosa que asusta. Luego, aquel perillán de Camilo, el paje favorito de mi padre, expresaba su pasión de tal modo en sus ojos negros y ardientes, en sus palabras y en sus canciones...; pero la política no tiene entrañas, como dice mi padre; debía sacrificarme, y me sacrifiqué. Confieso que un retrato del Duque que me presentaron contribuyó bastante a disminuir la intensidad del sacrificio, y luego el esplendor de una corona deslumbra tanto a los diez y ocho años... En fin, me casé, y soy feliz, muy feliz, y cada día me alegro más de que mi padre no consintiera en dejar venir a Camilo en mi comitiva. ¿Pero no me atiendes? ¡Lo ves, si no piensas más que en tus libros! Por eso te escondes de mí, para engolfarte en ellos a tus anchas. (*Mirando el*

libro.) Latín nada menos. Vamos, ciérrale; si ya sabes bastante; si puedes dar envidia a todos los doctores de Italia, y eres la admiración de toda la corte; si por eso has sido siempre mi dama favorita, porque con tu ciencia me sacas de mil apuros a cada momento. Siempre he sido enemiga de calentarme la cabeza con lecturas. ¿Y no hice bien? ¿Puedes decirme el provecho que sacas de tu sabiduría?

BEATRIZ

Una defensa contra los arrebatos del corazón, una atalaya desde donde dominar con mi superioridad a ese tirano que se llama hombre y se cree superior a nosotras porque en el reparto de la Naturaleza se ha reservado todo lo que brilla: triunfos militares, glorias del Arte, conquistas de la Ciencia, todo es suyo, para venir después a deslumbrarnos con ello y arrebatarnos nuestro corazón amante, por admiración o por vanidad. Es preciso equilibrar la partida, fuerza contra fuerza. Para ellos las armas, la lucha; para nosotras el estudio, las ciencias. Que mi amor nazca del entendimiento para ser feliz; eso quiero, y mientras él encuentra su ideal, sírvame para burlar a los necios que pretenden rendir mi corazón.

CELIA

¡Qué extraño entonces que a tantos sacrifiquen tus desdenes! Algún día el amor te hará desencarecer el precio en que te ha estimado el orgullo.

BEATRIZ

Orgullo, sí. El orgullo de poseer un corazón que no sabe querer más que una vez y para siempre, del cual depende la felicidad o la desventura de toda mi vida. Ya ves; lo que tanto vale bien merece la pena de defenderse.

CELIA

¿Acaso me reprochas por mi casamiento? No tienes razón. Si sus propósitos no fueron los mejores, el fin no ha sido tan desgraciado. El Duque es un cumplido galán y me adora con toda su alma. No lo crees así, porque delante de la corte parece frío y reservado; pues te aseguro, amiga, que a solas es todo lo contrario. Y de su talento, ¿qué me dices? Nadie mejor que tú puede ser su juez; conoce los poetas del Lacio y los modernos de toda Euoopa.

BEATRIZ

Pero confunde lastimosamente las citas. Ayer, en la arenga que dirigió a los embajadores venecianos, dejó escapar dos solecismos, uno de ellos imperdonable; como que hablando de los tiempos bárbaros pasados, construyó la frase de tal modo, que no se entendía si los bárbaros eran los tiempos o los embajadores. Si eres imparcial, has de confesarme que la discreción no es patrimonio de la corte de tu excelso esposo, y buena prueba de ello es su doncel favorito.

CELIA

Mal le quieres.

BEATRIZ

Es un necio muy pagado de su persona. Por alardear de chistoso, maldeciría de su padre. En fin, como bufón, prefiero al enano del Duque y como caballero también.

CELIA

Eres injusta. Mi esposo le tiene en gran estimación.

BEATRIZ

Como tú al espejo, que siempre que á él acudes te muestra tus facciones hermosas. Benedicto no cesa de

adular al Duque entre la hojarasca de sus frases pulidas. Vierte el veneno en copa de oro cincelado, el Duque admira la labor, y bebe sonriendo el veneno.

CELIA

Silencio, ¡por Dios! Benedicto se acerca.

BEATRIZ

Repara en él. ¡Qué afectada compostura en su traje! ¡Qué aire de presunción en toda su persona!

CELIA

Sentiría participar de tu opinión, porque es el doncel favorito de mi esposo.

ESCENA II

CELIA, BEATRIZ y BENEDICTO

BENEDICTO

¡Tan joven el día, y ya el sol deslumbra! Huyendo de sus ardores, acudía a cobijarme bajo esta enramada, y tendré que volverme si no quiero abrasarme en sus rayos.

BEATRIZ

(*Aparte a Celia.*) Todos los soles, ardores y rayos de su discurso, no bastan a fundir la frialdad del cumplimiento.

CELIA

(*Aparte a Beatriz.*) Le escuchas con prevención desfavorable. A mí me ha parecido ingenioso en extremo.

BENEDICTO

(*Saludando.*) Salud, gentil Duquesa. ¿Distraéis en este retiro la pena de una corta viudez? No tardará en volver el Duque. Vuestro amor tiene sujeto su corazón, como el cazador el ave cetrera, y no le permite volar lejos de vos mucho tiempo. Y vos, discretísima Beatriz, ¿en qué entendéis retirada de la corte? (*Acercándose a leer en el libro.*) Latín, ¿qué autor?

BEATRIZ

Juvenal. Busco un epigrama contra los necios, y no acierto a encontrarlo.

BENEDICTO

Si fuera contra las sabias, yo podría proporcionaros uno, bien que en lengua vulgar, única que alcanza mi desvalido cacumen.

BEATRIZ

¿Es obra vuestra, por ventura?

BENEDICTO

Yo no sé hacer epigramas. Los epigramas se hacen contra nuestros enemigos, y contra los míos llevo aquí (*Empuñando la espada*) arma más noble que un epigrama.

BEATRIZ

Sin embargo, gozáis más fama de chistoso que de duelista, y se cuentan más heridos de vuestra lengua que de vuestra espada.

BENEDICTO

(*Ofendido.*) ¿Nunca habéis oído hablar de mí como guerrero?

CELIA

(*Con viveza, deseando calmarle.*) ¡Sin duda! ¿Quién desconoce vuestro valor?

BENEDICTO

Preguntad al Duque cómo supe vencer a la morisma.

BEATRIZ

Habláis con propiedad. La morisma: singular y femenino; ésas deben de haber sido todas vuestras hazañas. ¿Qué pensáis de mí? Con franqueza. Sé que no os merezco muy buena opinión. Pensad que si pudiéramos trocar mi abanico por vuestra espada, el mundo tendría una imperfección menos.

BENEDICTO

(*Ofendido.*) ¿No comprendéis que si vos llevarais espada, aun sin más armas que vuestro abanico, tendría que desafiaros?

BEATRIZ

¿Os han ofendido mis palabras?

BENEDICTO

(*Con desprecio.*) No por cierto.

BEATRIZ

Porque no podría daros otra satisfacción que ofreceros mi mano.

BENEDICTO

Si creéis que es ésa la satisfacción que nos debe una dama cuando nos ofende, prefiero el duelo de hombre a hombre.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CELIA

¿En tanto horror tenéis el matrimonio?

BENEDICTO

Soy tan extravagante, que pienso no he de hallar nunca mi media naranja.

BEATRIZ

Ahora bien: ¿no sabéis que cuando nace un tonto nace una tonta inmediatamente?

BENEDICTO

Pero cuando nace un discreto se queda soltero.

CELIA

¿Y si nace una discreta?

BENEDICTO

Entre ella y el discreto engañan a un tonto, y entonces una tonta se queda soltera y se dedica al estudio o a murmurar del prójimo.

BEATRIZ

Y entre los dos extremos, ¿no será más laudable la que se dedique al estudio?

BENEDICTO

Hay alguna que, abrazando los dos extremos, afila su ingenio en el estudio para hacer más agudas las saetas de sus murmuraciones.

BEATRIZ

¿Luego confesáis que el saber es un arma en nosotras? ¿Conocéis, por ventura, alguna de mis obras?

BENEDICTO

He oído hablar de unas novelas amorosas que habéis compuesto, donde los amantes exhalan su pasión por medio de silogismos y razonamientos filosóficos; lo que prueba que no habéis amado nunca.

BEATRIZ

Así, ¿no sois capaz de comprender el amor que sólo por las almas se comunica?

BENEDICTO

Creedme: estudiad el amor en textos vivos; y cuando queráis expresar el sumo grado de la pasión amorosa en vuestras obras, comprenderéis que sobran metafísicos razonamientos, y en su lugar pondréis una larga línea de puntos, y cuantas doncellas enamoradas lean vuestro libro sentirán colorearse sus mejillas.

BEATRIZ

¡Noble arte el que tales efectos produjera!

BENEDICTO

Los perfumistas de Italia aseguran que venden menos carmin desde que se escriben ciertas novelas. Las damas emplean como afeite el rubor natural que les produce su lectura. No hay nada que revele mejor el carácter de una dama que su manera de leer.

BEATRIZ

Queréis decir, según la predilección que muestra en sus lecturas, ya sean amorosas, ya satíricas, ya, en fin, de graves y morales materias.

BENEDICTO

¡Linda ciencia fuera tal adivinación! Me refiero solamente al modo de leer.

CELIA

¿Cómo puede ser eso?

BENEDICTO

Figuraos una novela interesante en manos de diferentes damas. Tal habrá que, interesada desde luego en su lectura, siga con avidez hasta el final paso a paso. Mujer de juicio recto, que con método igual se interesará en sus amores y hará feliz a un hombre. Tal otra, apenas ojeada la primera página, arroja pronto un libro para tomar otro. Mujer mudable y frívola, que encuentra a todos los hombres y todos los libros iguales, una vez satisfecha la curiosidad de lo que tratan. Esta otra lee anhelosa las primeras páginas, y no pudiendo dominar su interés, pasa de un salto al desenlace. Mujer arrebatada y fogosa, que en materias de amor hará lo mismo, pasará desde luego al desenlace.

BEATRIZ

¿Y qué dirá vuestra sátira de la que, leyendo un pasaje conmovedor, baña sus ojos en dulces lágrimas?

BENEDICTO

Ésa es feliz, porque lee al lado de su amante.

CELIA

Explicaos.

BENEDICTO

Los hombres lloramos solos casi siempre; las mujeres no lloran sino cuando tienen a su lado una persona amiga que puede enjugar su llanto.

BEATRIZ

¿Qué extraño, si tenéis en esa opinión a las mujeres, hayáis visto con pena el matrimonio de nuestro noble señor el Duque?

BENEDICTO

(*Airado.*) Miente quien tal afirme. Yo fui el primero en proponerle ese medio de terminar las guerras. No me han engañado los que afirman que tratáis de malquistarme con la Duquesa, para que influya a su vez con el Duque y privarme de su gracia.

BEATRIZ

¿Tal decís? ¿Sois un mal caballero!

CELIA

(*Conteniéndola.*) ¡Beatriz!

BEATRIZ

Vos sois el que propala en la corte todo género de epigramas contra mi persona.

CELIA

Reportaos, señores. No convertáis en desagradable disputa nuestra apacible conversación. En verdad que he gozado un buen rato con vuestras agudas razones.

BENEDICTO

(*Con arrogancia.*) No estoy hecho a ser tratado tan duramente. Considerad que sólo por vos he tolerado en calma los insultos de esa dama, y aconsejadla que se reporte. Debéis comprender que, si soy favorito del Duque, es hacerle muy poco honor considerarme exento de algún mérito.

BEATRIZ

Perdonad; debieron de advertirme que no erais su bufón solamente.

BENEDICTO

(*Arrojando un guante.*) Señora, si tenéis en la corte quien me responda de vuestros insultos, a él arrojó este guante.

BEATRIZ

(*Recogiéndole.*) No faltará quien os pida razón de vuestras palabras.

CELIA

¡Por Dios, señores!

BENEDICTO

Prometo no parecer por la corte mientras esa dama ocupe un lugar en ella. (*Saluda a la Duquesa.*)

ESCENA III

CELIA y BEATRIZ

BEATRIZ

No volveré a mostrarme en la corte mientras Benedicto sea favorito del Duque. Volveré con tu padre.

CELIA

(*Abrazándola.*) No, Beatriz. Antes exigiría yo a mi esposo el sacrificio de esa amistad. ¡Funesta antipatía! Temo que ha de ser causa de algún disgusto.

BEATRIZ

Nadie le disputaba la privanza del Duque; por fuerza ha de envidiarnos, no puede ofenderte y se desquita conmigo. (*Suenan dentro trompas de caza.*)

CELIA

Mi esposo. Aquí se acerca.

BEATRIZ

No he de volver a encontrarme con Benedicto, no; ¡por mi nombre! (*Sale, después de saludar al Duque.*)

ESCENA IV

CELIA y OCTAVIO

OCTAVIO

¡Hermosa Celia!

CELIA

¡Esposo mío! Me admira no hallaros la tez arrugada, los cabellos encanecidos y el cuerpo encorvado, porque, en verdad, me ha parecido un siglo el poco tiempo que no os he visto.

OCTAVIO

Podéis creer que he vuelto a vos presuroso, como vuelve el ave a su nido después del primer vuelo.

CELIA

Me parece escuchar a dos amantes de las novelas de Beatriz. No más razones ingeniosas. Poned unos puntos suspensivos, como diría Benedicto. Dadme un beso. (*Presentándole el rostro.*)

OCTAVIO

(*Después de besarla.*) A propósito. ¿Dónde está ese bergante? No quiso acompañarme esta mañana.

CELIA

(*Aparte.*) Bien dice Beatriz. El Duque le quiere demasiado. (*Alto.*) Hace un instante se hallaba con Beatriz y conmigo.

OCTAVIO

Eso me agrada. Es preciso que los nobles sigan mi ejemplo. En la corte de un soberano casado hacen desairada figura los solteros, y peligran la tranquilidad matrimonial. Además, las últimas guerras han disminuido el número de mis súbditos. Necesito soldados. Si Beatriz y Benedicto... (*La Duquesa se ríe.*) ¿Por qué os reis?

CELIA

Porque os ocurre a tiempo esa idea. Justamente acaban de separarse prometiéndose un odio eterno.

OCTAVIO

¿Qué decis?

CELIA

Beatriz asegura que no permanecerá en la corte si Benedicto sigue ocupando un lugar en ella.

OCTAVIO

¿Y crees que yo pueda separarme de Benedicto? No, por toda mi corona.

CELIA

(*Con intención.*) ¿Y por mi amor?

OCTAVIO

¿Os separaríais de Beatriz por el mío?

CELIA

(*Ofendida.*) No, ciertamente.

OCTAVIO

Sois más franca que yo.

CELIA

Es preciso reconciliarlos. De otro modo, su enemistad pudiera ser causa de disturbios en nuestro matrimonio y trascender a la paz del Estado. Ni uno ni otro estamos dispuestos a sacrificar nuestros favoritos. Debéis comprender que, extranjera y sola en vuestra corte, la compañía de Beatriz me es de gran precio.

OCTAVIO

Ni yo podría prescindir de Benedicto. Él resuelve todos los asuntos difíciles de gobierno.

CELIA

No sabéis mi disgusto. Discurrámos; dadme una idea...

OCTAVIO

Si yo pudiera consultar con Benedicto, de seguro encontraría...

CELIA

Como si yo consultara con Beatriz. Pero no es cosa de ponerles en autos de lo que deben ignorar.

OCTAVIO

Vamos a ver, pensemos.

CELIA

Si no hallo modo. A ver si entre los dos...

OCTAVIO

¡Qué demonio! ¿No soy su soberano? Doy una orden y los caso...

CELIA

¡Qué atrocidad!

OCTAVIO

¿He dicho una tontería?

CELIA

No, pero... ¡Ah! Ya he encontrado...

OCTAVIO

¿Una idea?...

CELIA

Sí, una idea excelente. Ya veréis...

OCTAVIO

Decid.

CELIA

Ya lo sabréis. Os reservo el placer de la sorpresa. Ahora necesito de vuestra ayuda. Buscad a Benedicto, traedle aquí con cualquier pretexto, y procurad que nos escuche escondido entre esos árboles.

OCTAVIO

Explicadme bien. ¿Qué debo decirle?

CELIA

(Impaciente.) Lo que se os ocurra.

OCTAVIO

No, decidme. No quisiera echarlo a perder.

CELIA

Le diréis que os espero aquí para hablaros a solas de un asunto de Estado; y como no sabéis hacer nada sin

su consejo, deseariais que escuchase escondido nuestra conversación.

OCTAVIO

Tenéis mucho talento. ¿De veras es idea vuestra todo eso?

CELIA

(Llamando.) ¡Beatriz! *(Al Duque.)* Buscad a Benedicto... ¡Beatriz!

OCTAVIO

Voy muerto de curiosidad.

ESCENA V

CELIA y BEATRIZ

BEATRIZ

(Entrando.) ¿Me llamabas?

CELIA

Sí; sentémonos. Tengo que hablarte.

BEATRIZ

Me pones en cuidado. ¿Has dicho al Duque algo de lo ocurrido?

CELIA

Sí. Y no sé cómo decirte... ¡Quién había de suponer...!

BEATRIZ

Acaba.

CELIA

He suplicado al Duque que destierre a Benedicto de la corte.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

BEATRIZ

Y se ha negado a ello, naturalmente. Yo soy quien debe partir.

CELIA

De ningún modo. No quieras ser causa de una catástrofe... Sábelo, Benedicto te ama.

BEATRIZ

¿A mí?

CELIA

El Duque acaba de decírmelo.

BEATRIZ

¿Cómo puede ser eso?

CELIA

Comprende ahora cómo su aparente enemiga contigo no es sino el desprecio de sentirse desconocido por ti y abrumado despiadadamente con tus desprecios, cuando te adora con toda su alma.

BEATRIZ

¡Extraño amor que reviste apariencias de odio! ¿No fué él quien empezó, desde luego, por hacerme blanco de sus burlas?

CELIA

No, Beatriz. Recuerda que fuiste quien desde el primer día empezó a molestarle con intencionadas sátiras. ¡Y cuánto no debe de haber sufrido viendo que tan poco aprecio hacías de su persona, y mostrándote así imposible a su amor! El Duque asegura que teme por su salud si no halla correspondencia en tu cariño; que la idea de que le aborreces atormenta su razón de tal modo, que incurre en mil extravagancias a cada momento.

BEATRIZ

(*Pensativa.*) Siempre pensé que las antipatías y simpatías eran recíprocas.

CELIA

Por eso tu odio no podrá subsistir. Y si por desdicha de todos no pudieras vencerle, enciérrale en lo más hondo de tu pecho y haga la piedad oficio de amor no hiriendo con nuevas ofensas un alma dolorida. El Duque llega. Deseo tratar con él nuevamente este asunto. Puedes creer que el amor de ese noble joven ha hecho profunda sensación en mí. (*Aparte.*) Y aun en ti, a lo que veo. ¡Quiera Dios que logre mis propósitos!

ESCENA VI

CELIA y OCTAVIO

OCTAVIO

(*Bajo a Celia.*) Benedicto nos escucha entre aquellos sauces.

CELIA

(*Bajo al Duque.*) Preguntadme en voz alta qué asuntos deseo tratar con vos a solas.

OCTAVIO

(*Alto.*) Amada esposa, ¿qué asunto de Estado deseáis tratar a solas conmigo?

CELIA

No me habléis ahora de asuntos de Estado; mi cabeza no está para ocuparse de ellos.

OCTAVIO

(Bajo.) ¿Qué digo entonces?

CELIA

Nada. (Aparte.) Temo que ha de echarlo a perder. (Alto.) Cierzo, deseaba tratar con vos un asunto de Estado, acerca de unas cartas de mi buen padre...; mas fuerza será diferirlo para mejor ocasión, porque os aseguro que estoy de tal modo trastornada, que no podría coordinar una idea.

OCTAVIO

¿Qué os ocurre? (Bajo.) ¿Voy bien? (Alto.) ¿Habéis recibido alguna noticia desagradable?

CELIA

La peor para mí. Figuraos que Beatriz se niega a permanecer a mi lado, y todas mis súplicas no bastan a disuadirla de su empeño por volver a la corte de mi padre. Nunca podré acostumbrarme a vivir lejos de ella; era mi hermana, mi leal confidente. Jamás encontraré quien pueda sustituirla en mi afecto. ¿Dónde hallar corazón tan abnegado por mí como el suyo? De tal suerte identificado con el mío, que unos eran nuestros propósitos, unos nuestros afectos, al punto que muchas veces, al ir a discurrir sobre un asunto, unas mismas palabras salían a un tiempo de nuestros labios.

OCTAVIO

(Alto.) ¿Y a qué obedece su designio de abandonararte? Gran ingratitud me parece, cuando la mostráis tantas pruebas de afecto.

CELIA

No, no la culpéis. La obligan motivos muy poderosos: la crueldad de su destino, la... (Llorando.) ¡Infeliz amiga!

OCTAVIO

(Acercándose sorprendido.) No os aflijáis. (Bajo.) ¿Lloráis de veras?

CELIA

(Mostrando sus ojos.) ¿No lo veis?

OCTAVIO

(Aparte.) Pues todo es verdad, o las mujeres son el diablo. (Alto.) Decid, ¿qué puedo poner de mi parte para evitaros ese disgusto?

CELIA

Nada. Vuestro poder no llega a mandar en los corazones. Beatriz ama, y su amor ha ido a encontrarse con el odio. Beatriz..., sabedlo ya, ama a Benedicto.

OCTAVIO

Pues no deseábamos otra cosa. He ahí resuelto el conflicto; se les casa, y en paz; voy a llamarle...

CELIA

(Deteniéndole.) Esperad. (Alto.) ¿No sabéis que Benedicto la detesta? Desde que llegamos a vuestra corte no ha cesado de mortificarla con picantes epigramas. ¡Figuraos cuánto no habrá sufrido esa infeliz, viendo desconocidos sus sentimientos, abrumada con los desprecios de quien ella adora con toda su alma!

OCTAVIO

No tiene perdón ese Benedicto.

CELIA

Por cuanto pueda conmoverte, consigue interesar su corazón en favor de mi triste amiga. Y si no pudiera

vencer su antipatía, que a lo menos la encierre en lo profundo de su pecho, y haciendo la piedad oficio de amor, no atormente con nuevas ofensas un alma dolorida. Apenas puedo contener el llanto. (*Aparte.*) Beatriz se acerca. (*Alto.*) Acompañadme a palacio.

OCTAVIO

(*Ofreciendo el brazo a la Duquesa y aparte.*) Pues señor, no veo claro en todo esto.

ESCENA VII

BEATRIZ leyendo y después RENEDICTO

BENEDICTO

No me hubiera sorprendido tanto, al lidiar en la guerra cuerpo a cuerpo con algún feroz musulmán, verle, depuesto su furor, pasar a mi lado en lo más recio de la pelea y combatir en mi favor, como me ha sorprendido lo que acabo de oír. ¡La que yo juzgué mi implacable enemiga, tales sentimientos alienta por mí!...

BEATRIZ

(*Aparte, observándole.*) Su paso es vacilante y parece poseído de mortal pesadumbre... Sus ojos se dirigen a mí furtivamente, y en ellos se descubren señales de llanto... ¿Cómo pude equivocarme de tal suerte el verdadero afecto que le ocupa el ánimo? Mucho debe de haber sufrido... Nunca podrá perdonarme.

BENEDICTO

(*Aparte, observándola.*) Sus ojos, al recorrer distraídos las líneas del libro, pasan de su límite y llegan has-

ta mí, y en mí se fijan más que en el libro... Mucho me engaño... o han llorado por mí...

BEATRIZ

(*Aparte.*) Se acerca a mí y desea hablarme. Riñen en él amor y orgullo. Si después de ofenderle como le he ofendido vence el amor, no hay duda que su pasión excede a todo lo imaginable.

BENEDICTO

Beatriz... (*Aparte.*) Apenas puede ocultar su emoción.

BEATRIZ

(*Aparte.*) Él, siempre tan osado, tiembla ahora en mi presencia como un niño.

BENEDICTO

¿Seréis capaz de guardarme rencor por la conducta descortés que con vos he observado? ¿Qué podría yo hacer para merecer vuestra gracia?

BEATRIZ

(*Aparte.*) Soy yo quien le ha ofendido, y aun demanda humilde perdón. (*Alto.*) No habéis menester de merecimiento alguno: podéis creer que no quisiera acordarme de nada de lo ocurrido.

BENEDICTO

¿Cómo pude faltar a una consideración de cortesía, que el hombre más rudo hubiera sabido guardar con una dama? No puedo creer sino que algún fatal influjo me privaba de sentido en aquel momento; y si fué así, el verdadero Benedicto os demanda perdón para aquel otro descortés e insolente cuya culpa no me hace res-

ponsable, porque no puedo concebir tuviera de común conmigo más que el nombre.

BEATRIZ

(*Aparte.*) ¡Cuán diferente es su lenguaje ahora que, en posesión de sí mismo, deja hablar a su corazón! (*Alto.*) No extrañéis nada de lo ocurrido, noble Benedicto. ¡Es tan fácil juzgar erradamente de la naturaleza de un sentimiento!... Creed que, si desde un principio os hubierais mostrado como ahora, yo hubiera sabido apreciaros en vuestro verdadero valor.

BENEDICTO

¿Por qué convertimos en liza de ingenio nuestras relaciones, cuando una sola palabra salida del corazón hubiera bastado para entendernos? ¿Por qué no pronunciasteis esa palabra, aun cuando hubiera sido en latín o en griego?

BEATRIZ

Comprended que no era yo quien debiera decirla...

BENEDICTO

Aun cuando sintierais que desbordaba en vuestro corazón y abrasaba en vuestro pecho... ¡Triste condición la de la mujer! Mostrar indiferencia cuando más interés la domina... ¡Quién sabe! Aparentar que juega con lo mismo que se está abrasando... y abrasarse y callar... ¿Me perdonáis, Beatriz?

BEATRIZ

¿Cómo no perdonaros? ¿Por qué no dejáis siempre hablar a vuestro corazón? ¿No os parece que un suspiro vale más que un epigrama, y arrancar una lágrima vale más que arrancar una carcajada?

BENEDICTO

¡Ah, no me recordéis las necedades que dije hace un momento! Tuvisteis razón en llamarme bufón y mal caballero... ¿Qué habéis hecho del guante que os arrojé?

BEATRIZ

Lo que dijisteis : le guardo para mi paladín.

BENEDICTO

¡Que será vuestro amado!... ¿Y creéis que yo pudiera exponerme ahora a darle muerte, cuando a toda costa quisiera lograr vuestro perdón?... Devolvedme ese guante.

BEATRIZ

¿Y mi venganza?

BENEDICTO

¿Vuestra venganza?... ¿Queréis más que verme rendido a vuestros pies, pidiéndoo cobardemente esa prenda de desafío, por no exponerme a tener que luchar con el elegido de vuestro corazón?

BEATRIZ

¿Teméis encontraros frente a frente con él?

BENEDICTO

Si, Beatriz. Si por mi indigna conducta el amor ha podido convertirse en odio; si no podéis estimarme porque no he sabido hacerme digno de vuestra estimación; si amáis a otro, temo encontrarme con él... porque entonces sabré lo que son celos; porque él podrá llamar suyo ese corazón que debió ser mío. ¡Oh, no! Antes que hallarme frente a frente con mi rival..., ¡devolvedme ese guante, por misericordia!

BEATRIZ

¡Ja, ja!... Tomad.

BENEDICTO

Los Duques se acercan. No me dejéis así, Beatriz. ¡Quisiera deciros tantas cosas!... ¿Permitis que os acompañe por esa arboleda que nos brinda tan grata sombra?

BEATRIZ

Salídme al encuentro.

BENEDICTO

Hasta ahora. *(Por distinto lado.)*

ESCENA ÚLTIMA

CELIA y OCTAVIO

CELIA

¡Ja, ja!... ¿Creerán que no les vimos? ¡Ja, ja!... ¡Se aman, se aman! Hemos logrado nuestro propósito.

OCTAVIO

¿Pero de veras ha sido idea vuestra? Tenéis un gran talento. Orgulloso estoy de haberos hecho mi esposa. He de referir la aventura a toda la corte para que comprendan lo que valéis.

CELIA

Si; podéis referirla, puesto que, una vez emprendido el camino del amor, no han de volver atrás.

OCTAVIO

Ahora bien: yo quisiera adornar mi relato con alguna reflexión filosófica, resumirla en una moraleja. ¿No podéis indicarme una?

CELIA

Ciertamente... Si os dirigís a las damas, decidles así: «Nunca, señoras mías, por alardear de vano ingenio, tratéis de burlaros de los hombres; ni en nombre de una idea que perseguís en vuestros ensueños, despreciéis por sus apariencias al que pensáis no pueda realizarla. Hacedos amar de todos, aun cuando no améis a ninguno. Encastillarse en una fortaleza que creéis inexpugnable porque el ingenio, la hermosura y la fortuna la defienden, es hacer más vergonzosa la derrota el día del vencimiento. Los mismos muros, cerrojos y rastillos que deben franquear los que atacan, tendréis que franquear para entregaros.»

OCTAVIO

Buenas reflexiones, pero harto complicadas para mi memoria. Decidme una más sencilla que se pueda aplicar a todo el mundo, puesto que no sólo a las damas he de referirme.

CELIA

Decid entonces a todos que seamos amables si queremos ser amados. He ahí a los que antes se odiaban cordialmente, porque pusieron empeño en odiarse, enlazados del brazo, los rostros juntos de tal modo, que los rizos de Beatriz acarician la frente de Benedicto.

OCTAVIO

Se alejan demasiado. Beatriz no conoce bien los jardines y pudiera perderse... ¡Un beso! Me parece que faltan a toda ceremonia.

CELIA

Están solos. Venid, esposo mío; sigamos sus pasos; perdámonos, como ellos, entre los árboles. Ved qué

apacible sombra : parece que invita a penetrar en ella; los pájaros gorjean y nos llaman; dicen que la sombra se ha hecho para el amor. ¡Qué felices son los pájaros! Yo quisiera serlo ahora y tener mi nido entre esas ramas que apenas besa el sol y columpia el aire. Iría volando a la orilla del lago, y, trayendo en mi pico el plumón blanco y suave de los cisnes, mulliría con él un dulce nido de plumas y de flores. ¡Venid!

OCTAVIO

Tened en cuenta que nos esperan en palacio los embajadores de Francia.

CELIA

¡Enfadosa ceremonia! ¡Venid! Quiero olvidarme de todo, y, como una aldeana sencilla, que pasea orgullosa del brazo de un valiente soldado, quiero disfrutar de esa sombra y dormir recostada en tus brazos sobre la hierba, y enmarañar con flores mis cabellos. ¡Hermoso día! ¡Si el mundo se detuviera en este instante!.. ¡Ser siempre jóvenes, amantes y felices!... ¡No morir nunca!.. ¡La vida es muy hermosa!

FIN DE LA COMEDIA

EL HOMBRECITO

COMEDIA EN TRES ACTOS, ORIGINAL

Estrenada en el Teatro de la Comedia la noche
del 23 de marzo de 1903.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1960 1525 MONTERREY, MEXICO